

LA PAZ INTERNACIONAL COMO UN SUEÑO Y COMO ALGO MAS QUE UN SUEÑO

ILMAR TAMMELO
Austria

La palabra “paz” transmite normalmente sentimientos agradables hasta el grado que la paz es experimentada como algo maravilloso. En cierta manera, casi todos desean la paz, inclusive aquellos que se empeñan en actividades beligerantes o abrigan pensamientos belicosos: ellos desean la paz como resulta de sus luchas o sus planes. En conflictos internacionales, las guerras han sido hechas para terminar todas las guerras —por el advenimiento de la paz permanente. Y con todo, en ningún modo es cierto que la paz debe existir siempre y que la guerra no debe existir nunca. Así una tarea principal de la filosofía de la paz es examinar el valor y el desvalor de la paz, así como de la guerra; otra tarea principal de esta filosofía es clarificar el sentido de ambas palabras para que podamos alcanzar una idea bien fundada de lo que estamos hablando y por lo que estamos luchando cuando las empleamos.

Cuando un filósofo se dirige a un problema de paz o de guerra, no puede considerarse dotado con todo lo que es preciso para solucionarlo. Debe tomar en cuenta lo que la ciencia y la experiencia común han llegado a saber de los fenómenos correspondientes. El no puede aún considerarse como un “espectador no envuelto” de lo que tiene en el mundo pertinente de los hechos y las ideas. Empleando algunos símiles corrientes, él no está fuera de “una botella para atrapar moscas,” de “una red en que peces están cogidos” o de “un laberinto en que ratones corren desconcertados.” El es una de las “moscas,” uno de los “peces” o uno de los “ratones.” Su vocación particular es considerar lo que ha de hacer en tales situaciones desesperadas, especialmente comprender, en hondura, los hechos y los factores implicados en la situación total, las conexiones recónditas entre ellos y aclarar la vista para darse cuenta de lo que está más allá de la situación inmediata que causa aprehensión.

En un sueño de don Pedro Muños Seca él se había extraviado en el

interior de un queso, yendo de un agujero al otro sin encontrar la salida. Al fin, se comió el queso. Un filósofo solo no puede tener la capacidad de esta hazaña de glotonería. Pero si tiene compañeros en tal aprieto, él puede ser útil a todos los involucrados ofreciendo su guía, derivada de su modo particular de ver las cosas, para hallar o crear salidas en trances apurados o para transformar la situación, de tal modo que no sea espeluznante. Además, un filósofo implicado en las situaciones desafortunadas es competente para mostrar como se puede vivir con inexorabilidades y qué se puede esperar a pesar de todas las adversidades. Así, la filosofía de paz tiene una asociación íntima con la filosofía de esperanza-elpidología.

En la acepción más general, la paz significa la ausencia de conflictos. Los conflictos que se aspira eliminar por medio de la realización de la paz pueden ser puramente internos ocurriendo en la mente de un individuo, pueden ser internos siendo limitados a una comunidad particular, o pueden ser externos teniendo lugar entre los estados que —excepto para propósitos particulares— aún hoy apenas forman una verdadera comunidad, mas “coexisten” en una anarquía espantosa. Los conflictos de los últimos géneros pueden ser beligerantes, implicando violencia organizada a gran escala, y pueden ser también algo menos que guerra o no realmente guerra —lo que sucede en la “guerra fría,” en la “guerra” propagandista, en las luchas de predominancia internacional, así como en disputas laboristas, matrimoniales, comerciales y otras.

En la acepción específica, de que se trata aquí principalmente, la paz significa la ausencia de la guerra. Lo que la “guerra” significa no está fijado hoy. Actividades vastas de guerrillas, implicación extensiva de la población civil en la beligerancia, comienzo de la violencia a gran escala sin una declaración formal o aun informal, y otros desenvolvimientos han empañado la noción de la guerra, tanto que parece ser impracticable comprender el fenómeno de guerra por medio de un concepto que tenga contornos nítidos en su denotación y características definidas de connotación. Sin embargo, para los propósitos presentes, es suficiente indicar que la guerra significa una violencia armada, organizada, extensa y duradera, que es principalmente hecha por cuerpos regulares operantes bajo una autoridad central. Obviamente, lo que es extenso, duradero y organizado en este contexto, es una cosa de grado; esto hace que el concepto de guerra tenga contornos “borrosos.” Así aquellos que tienen que aplicar este concepto están confrontados con la tarea de precisar el concepto de guerra para sus propósitos particulares y de explicar por qué el fenómeno que ocupa su atención debe estar considerado como una guerra antes

que alguna otra forma de violencia armada. Hay guerras internacionales y guerras civiles. Frecuentemente también éstas son acompañadas de implicaciones internacionales, así que no es siempre fácil determinar si una guerra existe entre los estados o no.

A veces la paradoja es expresada en que ninguno desea la guerra y no obstante hay guerras. Esta paradoja recuerda el hecho trágico que el hombre está constantemente haciendo lo que no quiere verdaderamente y que a menudo no puede hacer el bien que quiere hacer. Aunque yo no soy inmune al pesimismo, me alejo del fatalismo respecto al fenómeno de la guerra. Me siento obligado a rechazar cada forma de “pantragicismo” paralizante; procedo de la premisa que podemos hacer mucho hacia el ser capaz de abrigar esperanzas razonables aun en las lúgubres realidades internacionales. Mi concepción del mundo, elpidológicamente orientada, me permite ver las guerras como contingencias terribles que hasta ahora nos han visitado —a pesar de todas nuestras buenas intenciones y nuestros esfuerzos de abolirlas; pero no las considero ser necesidades que tienen que permanecer con nosotros, excepto en un sentido sublimado o metafórico. Pues aunque en la historia hasta ahora las guerras, rigurosamente así llamadas, han sido concomitantes frecuentes de las vicistudes de nuestra civilización; el tiempo puede venir en que haya un mundo sin guerras dentro de la historia que tendremos posiblemente más adelante —una historia concebiblemente más prolongada que la historia pasada de la humanidad. Por ahora, esto es todavía un sueño, pero no enteramente un sueño ocioso.

La visión de la paz permanente puede tener una realidad dentro de su alcance si los obstáculos que nos han impedido hacer esfuerzos orientados a la realidad para alcanzar la paz son reconocidos y removidos y si son creadas las condiciones para que estos esfuerzos nos conduzcan a los éxitos deseados. En la empresa correspondiente, percepciones tardías tienen un menor valor que la circunspección y las previsiones basadas sobre cuidadosos descubrimientos de hechos y las evaluaciones pertinentes. Para adquirir los entendimientos y los discernimientos relativos a la paz, el filósofo ha de estar constantemente listo para saber cuando estamos meramente soñando de la paz y cuando tenemos los ojos abiertos a las realidades que significan la paz o la guerra. Un incidente importante de su vocación es actuar como un despertador de sueños ociosos de la paz.

Que todos desean la paz y que ninguno desea la guerra, no es una premisa de la cual los esfuerzos para la paz puedan proceder. El hombre es una criatura dispuesta a conflictos y a la agresividad. Cualquiera que sean las raíces psicológicas y biológicas de esta inclinación,

ella está profundamente establecida en la naturaleza humana. Además, se ha argumentado que en la historia humana las guerras han desempeñado un papel útil acelerando los procesos que han conducido a la realización de fines políticos y culturales de mérito. No es extraño que las guerras han encontrado gloriadores elocuentes, por ejemplo, Hegel, Nietzsche y Helmuth Graf von Moltke. En la tradición del derecho natural la doctrina *bellum iustum* ha desempeñado un papel prominente desde la antigüedad. La viabilidad continua de esta doctrina se ve en la competencia de las Naciones Unidas de recurrir a medidas beligerantes y en las disposiciones de la Carta relativas a la legítima defensa propia. También la ideología marxista-leninista se adhiere a la doctrina aprobando, aun exigiendo, guerras de “liberación” o las guerras que sean medios para conseguir “la sociedad sin clases.”

Sobre el nivel de ideas abstractas, la paz nunca ha sido considerada ser un valor supremo. En nombre de otros valores como la justicia, la libertad e igualdad, las guerras han sido clamoreadas por lo menos como una *ultima ratio*, donde la realización de estos valores ha sido frustrada intolerablemente y los medios pacíficos no han sido disponibles para luchar contra la depravación política o social. Cualquier mérito de la invocación de la justicia, libertad e igualdad contra la demanda de la preservación de la paz, la amenaza inminente de la guerra termonuclear ha creado una situación totalmente nueva para la estimación de la guerra. A causa de la capacidad de la “múltiple destrucción mutua” de las grandes potencias nucleares no sólo hay la certeza de una devastación espantosa del mundo, sino también la probabilidad de la destrucción total de la raza humana. Cuando la humanidad ha cesado de existir, no hay más el substrato de los valores humanos, no hay por qué luchar, no aún aquellos que puedan luchar. Las palabras grandilocuas de Kant “Cuando la justicia perece, la vida humana sobre la tierra no ha más valor” y el lema medieval “*Fiat iustitia, pereat mundus*” no son slogans huecos —como eran antaño—, sino asustantes gritos de combate de fanáticos.

Y hay fanáticos hoy como ha habido siempre. Hay todavía “héroes” que por amor a la libertad u otros valores están preparados a sacrificar su propia vida y soportar sufrimientos inimaginables. Algunos de ellos parecen ser totalmente indiferentes a la vida de los otros humanos, culpables o inocentes. La paz como una realidad está constantemente desafiada por fanáticos, que incluyen aquellos capaces de iniciar la destrucción de las masas, aún el holocausto nuclear. Los esfuerzos orientados a la paz como una realidad están también frustrados por la indiferencia o letargo reinantes en presencia de la amenaza de la

guerra. El constante hablar de la guerra termonuclear ha embotado nuestra mente a sus horrores previsible hasta el punto que parece ser de mal gusto explayarse en esta materia. Parece que a muchos consuela el pensamiento de que morir a causa de una explosión nuclear no es peor que morir a causa de una bala o de una enfermedad común: es probable que estará muerto en un momento, sin dolor y limpio no dejando nada que se descomponga en los sepulcros. Además aquel que experimenta el sufrimiento real es siempre un individuo. No multiplica este sufrimiento cuando los miles, los millones o billones perecen.

Tales pensamientos no me tranquilizan. Contra todo lo que ha sido dicho para alabar o justificar la guerra, yo abogo por la paz y condeno la guerra. Creo que aun en un mundo permanentemente pacífico hay mucho para emplear nuestro cuerpo y mente en esfuerzos tónicos haciendo el bien y evitando el mal. En aquel mundo habrá todavía “guerras” como la “guerra” contra la ignorancia, contra la indigencia, contra la intolerancia, o contra otras formas de las faltas o vilezas humanas. Mi idea directriz es la paz que se funda en la justicia, libertad e igualdad en tanto que estos valores puedan ser realizados sin sacrificar indebidamente alguno de ellos, especialmente sin medidas que conduzcan a la aniquilación monstruosa.

Yo procedo de la premisa de que ningún valor tiene el valor absoluto. Hasta los valores más elevados no “reinan” como soberanos absolutos; están sujetos a “limitaciones normativas,” sobre todo a aquellos que ellos mismos se imponen mutuamente. En las situaciones históricas concretas uno de ellos puede ameritar una atención mayor que los otros y tener un “peso” mayor. En nuestro tiempo la mayor importancia pertenece a la paz como algo para realizar y no sólo para soñar. Entre el número de los criterios que aplicamos para enjuiciar los valores de la guerra y de la paz, los siguientes principios piden la prioridad más alta; son criterios para la paz así como para la justicia:

La humanidad debe sobrevivir
y
La miseria debe ser abolida o reducida al mínimo.

Supongo que en el futuro curso de la historia los valores tales como la justicia, la libertad y la igualdad podrán ser alcanzados mucho más que hasta ahora. Para esto necesitamos tiempo. Durante el período en que tenemos que soportar la injusticia, la carencia de libertad y

desigualdad, debemos tener la ecuanimidad para vivir con nuestros sufrimientos y frustraciones y trabajar para mejoramiento cabal de la suerte humana.

Ocupándonos con los grandes problemas contemporáneos de la humanidad, sobre todo con los “megaproblemas” demográficos, ecológicos, económicos y polemológicos del mundo, el pensamiento ético y político del pasado nos ha proporcionado mucha dirección, pero también nos a aconsejado mal y nos ha encadenado. La filosofía de esperanza debe estar preparada para descartar, en este pensamiento, lo que es incongruente con los mandatos elpidológicos de nuestro tiempo. Debemos sacudir los remanentes del culto de autoridades que no podían preveer los problemas presentes de la humanidad. No estorbados por las cargas de nuestro pasado intelectual y moral, que no es admirable en todas partes y en todos aspectos, debemos tener confianza para depender de nuestro poder de razonamiento. No hay razón para creer que los pensadores de nuestro tiempo son menos capaces que aun los más grandes pensadores de los tiempos anteriores de ocuparse de los problemas del comportamiento individual o social. Por el contrario, a causa de los conocimientos superiores y del equipo intelectual superior que los pensadores de nuestro tiempo poseen, son más competentes para solucionar los problemas de la humanidad que lo que eran los pensadores que vivieron antes que nosotros.

Aquellos que están despiertos a los megaproblemas de la humanidad y poseen un sentido de responsabilidad relativo al principio de sobrevivir y al principio de reducción de la miseria deben inquietarse por la opinión según la cual sólo “pequeños pasos” puedan estar osados en las cosas que requieren atención para el bien de la humanidad. Lamentablemente, esta opinión prevalece entre algunos de nuestros eminentes pensadores políticos y jurídicos. Ellos abogan por una “ingeniería hecha a bocaditos” (“*piecemeal engineering*”) y consideran “grandes pasos” aventureros y peligrosos. A veces se alaban a sí mismos y aquellos del espíritu afin de que son pensadores “maduros” y “equilibrados.” Pero los megaproblemas del mundo tienen tal magnitud, gravedad y urgencia que las medidas desalentadoras y vacilantes, los esfuerzos de mero apaciguamiento y el solo tratamiento de los problemas inmediatos sin atención suficiente a la situación total *pro presente y pro futuro* son a menudo peores que inútiles. Pues esto frecuentemente significa cubrir llagas pudrientes con un emplasto y poner un acodo de tierra sobre un hogar de fuego lento.

Para mí, los pensadores que se llaman a sí mismos “maduros” o “equilibrados” parecen ser demasiado maduros, como la fruta no más fresca; parecen ser sonámbulos equilibrándose con sólo aparente se-

guridad sobre una cuerda alta ligada a un artículo tambaleante. En mi opinión, hasta pasos muy grandes son imperiosos en nuestro tiempo, con tal que sean llevados a cabo con solicitud circunspecta. Para desplegar esta solicitud, el razonamiento filosófico tiene que desempeñar un papel importante. El debe tener cuidado que la razón no se duerma en los asuntos del mundo, para que no se críen “*ídola*” y que demonios no surjan. El debe emplear no sólo el pensamiento analítico, sino también el pensamiento sintético y constructivo realizándose en diseños normativos, hasta en nuevas utopías pertinentes a nuestro tiempo. Así, la filosofía será una fuerza mayor para introducir una iluminación nueva que alcanzaría un “reinado de la razón” más resueltamente que alguna iluminación en los tiempos anteriores.

Para trabajar por la paz como una realidad, y no abandonarse en las visiones como una parte de nuestros ensueños, no podemos, naturalmente, esquivar pasos pequeños. Especialmente éstos incluyen pasos hacia el desarme y pasos en el control jurídico del conflicto internacional por medio de la negociación, la mediación, el arbitraje, y la jurisdicción. Usualmente estos pasos son hechos por especialistas muy hábiles, algunos de ellos ciertamente dotados con la capacidad de comprender las implicaciones muy fundamentales de sus problemas y de ver mucho más allá de las preocupaciones inmediatas. Pero ellos obran bajo la autoridad de los estadistas que están en la cúspide.

Hay un hecho inquietante que se puede llamar “geriarquía.” Hombres viejos, y aun muy viejos, algunos de ellos no bien de salud (icasos por geriatría!), tienen una influencia decisiva y la palabra final en la formación de la política última de las grandes potencias —una política de la que la suerte del mundo depende. Sospecho que estos hombres se inclinan a experimentar el mundo en relación de la expectación de su propia vida; por esto no están suficientemente listos a las amenazas que se hacen verdaderamente ominosas cuando ellos no más están vivos. Otro hecho inquietante es que ningún sistema político o económico no es más conforme a la época, en vista de desenvolvimientos recientes de la ciencia y tecnología y en vista de la deterioración ambiental, de la explosión de población y la explosión de expectativas. Los estados tienden a hacerse más y más ingobernables. El cometido por el bienestar social de todos los mayores partidos políticos ha forzado a los estados a vivir mucho más allá de sus bienes disponibles.

Hay un concepto erróneo según el cual las “categorías” de las formas del gobierno “están cerradas” y hay una opinión prevaeciente que sistemas del gobierno que sean mejores que los presentes no pueden ser proyectados y diseñados. En esta materia la filosofía política y la filosofía jurídica tienen tareas importantes en la exploración y

evaluación de los hechos y factores pertinentes en vista de los problemas cuyas soluciones van más allá de nuestras preocupaciones actuales. Ambas deben separarse del pragmatismo vulgar político, pero pueden y deben estar asociadas con aquel pragmatismo esmerado que provee una base para elaborar una sólida estrategia y tácticas necesarias para hacer los pasos requeridos, pequeños o grandes.

Los sueños que muchos abrigan en cuanto a alcanzar la paz permanente incluyen las visiones de la unión de la humanidad por medio de una lengua mundial, de un derecho mundial, de un gobierno mundial, y aun de una religión mundial. Estas visiones no son ociosas. Lenguas internacionales superiores a cualquier lengua nacional han emergido y sus logros imponentes pueden ser una base para crear una lengua mundial que será satisfactoria a cada aspecto esencial. Una evolución hacia un derecho unificado en el mundo ha tenido lugar ya durante algún tiempo y parece ser auspicioso. Hay cianotipias de sistemas del gobierno mundial, la ejecución de las cuales promete llevarnos más cerca a una organización del mundo que no será un teatro absurdo. En cuanto a la unidad religiosa del mundo, cada religión existente aspira a convertirse en la sola religión mundial sin tener oportunidad real para alcanzar este fin. Pero un modo de la unificación religiosa del mundo es concebible por medio de una refinamiento de ideas religiosas, de una optativación de las componentes metafísicas de las religiones, de una interpretación desmitologizada de ciertas creencias, especialmente si el énfasis es puesto a las profundidades éticas de las religiones.

Sin embargo, es un sueño ocioso que la paz pueda ser asegurada por medio de esfuerzos de unificación de la humanidad en estas áreas y direcciones. Muy probablemente el hombre permanece intranquilo y dispuesto a la diversidad; varios cismas se presentarán constantemente y conflictos se inflamarán, si no más externos, pues internos; también éstos podrán ser viciosos y perniciosos. Quizá hombres tales como son básicamente, permanecen condenados al pluralismo en todas las áreas de sus actividades. No podemos ser confidentes que una “reprogramación” de la mente humana por medio de indoctrinación con ideas elevadas o de ingeniería genética tendrá un buen éxito o hasta debe ser ensayada. Por consiguiente, no tenemos otra alternativa que aprender a vivir en decencia en nuestro mundo pluralístico e ingeniarlos a manejarlo practicablemente y tanto bien cuanto podamos. Abrigo la esperanza que esto es alcanzable, pero el cómo lograrlo todavía lo tenemos que llegar a saber por medio de la investigación científica y aplicando los métodos tecnológicos apropiados, ambos soportados por comprensivas reflexiones y escrutinios filosóficos.

Lo que he podido decir aquí ha sido principalmente para dirigir la atención a algunos asuntos que hacen nuestros sueños de la paz ociosos y producen contantemente frustraciones en los esfuerzos de alcanzar la paz como una realidad. No excluyo la revisión de mis pensamientos y me propongo extenderlos en varias direcciones. Especialmente tengo la intención de explorar el problema de los obstáculos a los esfuerzos propicios para la paz que residen en nuestros prejuicios inveterados, las ideologías anticuadas, las actitudes románticas y en nuestros obsoletos sistemas políticos y económicos. Cierro con un pensamiento alarmante, ya intimado, que nuestros estadistas no puedan ser confiados en hacer los esfuerzos que se referirían para la paz como una realidad. Nuestras instituciones políticas y jurídicas no ofrecen garantías reales contra el peligro de que los estadistas hagan uso de su plenitud de poder en caso de que se vuelvan locos, o cuando estén borrachos. Estas instituciones no ofrecen tampoco una garantía para que los hombres buenos que tal vez tenemos entre los líderes del mundo no sean sucedidos por hombres malos. Yo me aventuro a esperar que haya posibilidades para remediar esta situación ominosa y estoy convencido que nuestro tiempo está bien empleado cuando pensamos constructivamente en ella.